
REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SUMARIO

Giordano Bruno.—La Preocupación.—Estudios sobre la historia de nuestro siglo: Portugal, la Revolución francesa de 1848, la Revolución política, la Revolución religiosa.—Influencia del Espiritismo en la literatura contemporánea.—La historia de la Tierra.—Los terremotos.—Caridad á los pobres de Andalucía.—El Desierto de la vida.—Crónica.

GIORDANO BRUNO

Toda la prensa liberal dedica un recuerdo á este mártir sacrificado por el fanatismo de los suyos. El fraile dominico Giordano Bruno, fué condenado á ser quemado vivo; y con la solemnidad que se acostumbraba en aquella época se llevó á efecto la sentencia en Roma el 17 de Febrero de 1600, dominando sobre todos los poderes, el poder de la teocracia romana ó de los papas. Algunos de los sacrificadores ó inquisidores que condenaron á Bruno y á otros miles, los encontramos en el Santoral del almanaque católico.

Después de doscientos ochenta y cinco años del sacrificio del eminente napolitano, el mundo ilustrado lo coloca en el elevado puesto de honor que corresponde á los mártires de la ciencia, y con justicia, porque Giordano, como un precursor de las ideas modernas, defendía en aquellos ominosos tiempos, la pluralidad de mundos habitados, y negaba la virginidad de María y que Cristo fuera Dios. Entre muchas otras ideas y pensamientos luminosos que dejó escritos, encontramos los siguientes, que copiamos, como uno de los fragmentos que sirvieron como cuerpo de delito para condenarle á ser quemado vivo. Dice así: «Estudiar el orden sublime de los mundos y de los seres que se reúnen en coro para cantar la grande-

za del Señor, tal es la ocupación más digna de nuestras inteligencias. La convicción de que existe tal Señor para sostener un orden semejante, regocija el alma del sabio y le hace despreciar el espanto de las almas vulgares, la muerte.»

Un testigo presencial de la muerte de Giordano, escribiendo á un amigo suyo los pormenores de aquel horrendo suplicio, entre otras lindezas le decía: «El desdichado ha muerto en medio de las llamas y creo que irá á contar á esos otros mundos que habia imaginado, como acostumbran los romanos á tratar á los impíos y á los blasfemos.»

La impiedad y la blasfemia del siglo xvi, han resultado ser verdades probadas después, y en el nuestro, aun cuando desgraciadamente queden algunos restos que para *reparar* agravios ajenos y agradar á su Dios vengativo y cruel, nos darían de buen grado un espectáculo diario de aquellos tiempos, quemándonos vivos á los que no pensamos como ellos, no se atreverían á ejecutar sus instintos feroces porque comprenden que la gran mayoría de ese mismo pueblo que entonces gritaba y aplaudía, fanatizado, ciego y frenético, gracias al progreso realizado, se levantaría para protestar contra semejante salvajismo.

¡Llor á Giordano Bruno! ¡loor al insigne varón que supo morir en las llamas, confesando grandes verdades; que tu nombre y tu gloria imperecedera vaya continuada en el Almanaque que se va llenando de páginas históricas de los grandes hombres con más autoridad que los juicios contradictorios celebrados para santificar á tus verdugos!

LA PREOCUPACIÓN

Así como la ociosidad es madre de todos los vicios, la preocupación es origen de infinitos males en este atrasado mundo, donde los más carecen de iniciativa propia y se contentan copiando los unos de los otros sin meterse en más averiguaciones; y si alguna vez pasa por la mente de un individuo, el cómo podría mejorar y perfeccionar ciertas cosas, la perspectiva del trabajo que tal innovación le costará, el desdén con que la acogerán y, por fin, la resistencia que pue-

dan oponerle le hace desistir de su propósito, y murmura el sabido axioma de que, todo aquel que se mete á redentor sale crucificado.

La preocupación engendra la rutina y en los más de los hombres, persistiendo tenazmente la ideas adquiridas por la educación, por el trato social y otras circunstancias, les hace ser rutinarios y obran por lo que vieron hacer y no por juicio propio: así se explica que el labrador de hoy cultive en muchas partes como los moros sus antepasados, que el poeta no se atreva á separarse de lo que dijeron los griegos sus maestros, que el científico siga la corriente de la opinión pública, que la enseñanza haya adelantado poquísimo, que... pero dejemos lo que queda á la consideración de nuestros lectores, porque nunca acabaríamos de demostrar lo que la preocupación y su hija, la rutina, entorpecen el entendimiento y falsean la voluntad.

Á menudo nos quejamos, y con razón, de la falta de libertad que experimentamos desde la infancia hasta la muerte, tanto en los actos trascendentales de nuestra vida como en los más sencillos. Mil cadenas forjadas por las pasiones, por el ejemplo de nuestros semejantes, nos atan donde menos quisiéramos, y todos, poco más, poco menos, doblamos la cabeza ante el yugo de hierro que nos pone la sociedad; siendo hasta tal punto míseros, que no sólo nos vemos forzados á ejecutar lo que no nos gusta, sino que inconscientemente obligamos á los demás á torcer su voluntad: nos castigamos mutuamente sin saberlo, ni pensarlo. Pues bien, entre los muchos motivos de sujeción, entran por mucho la preocupación y la rutina: seguir cada uno la conducta de los demás en el común pensar y sentir sin atrevernos á obrar de distinta manera que lo prescrito por la sociedad, es retardar el desenvolvimiento de la ciencia y, por consiguiente, el de la moral, que depende del saber humano por más que razón y conciencia estén todavía bastante desequilibrados.

La rutina social perjudica tanto á la paz y á la concordia de los pueblos como la ignorancia al bienestar material. El *¿qué dirán?* mata las más nobles aspiraciones, y el ridículo y la burla son tan temidos hoy como la hoguera y el cuchillo para los primitivos cristianos. Ciertamente hay mucho mal en este atrasado planeta, pero latén también ocultos muchos y muy nobles sentimientos que no se manifiestan exteriormente por temor del combate que entablaran con malévolas preocupaciones. ¡Cuántos acuden al templo que no sólo no creen en religión alguna sino que las odian todas con toda su alma! ¡Cuántos han cometido faltas que de buen grado repararían, si en la enmienda no viesan revelados y murmurados sus deslices, en vez de sinceras manifestaciones de aprecio por su arrepentimiento! Tal es la vida: la sociedad no perdona al caído, y así sus miembros procuran antes estar bien con todo el mundo que con la conciencia; para cubrir una falta cométense otras mil y mil que la sociedad acepta como moneda corriente. ¡Y si esto sucede en la moral, qué no sucederá en la ciencia que, basada

en la observación, pretende ser infalible! ¡Cuántos sabios han negado el Espiritismo por el frívolo hecho de que no conociéndole ellos no podía existir cosa semejante! Esto en el siglo de las luces, que allá en los tiempos de tinieblas, desgraciados los inventores que barrenaban los estrechos cielos de la ignorancia mejorando el bienestar de la humanidad. Diganlo sino la imprenta, el vapor, etc. Por fortuna solemos ser los espiritistas de los menos preocupados en cuanto cabe ó se relaciona con el centro en que vivimos y lo que con él debemos contemporar; sin embargo, jactarnos de haber vencido todas las preocupaciones, sería una necia vanagloria. No hay duda de que en cuestión social todo buen espiritista procura más atender á su conciencia que á las miras tontas del mundo; pero en el terreno mismo del Espiritismo hay sus preocupaciones también, parte de ellas son resabios de nuestra primera educación, otra parte es debida á la vanidad de cada cual, defecto que consiste en querer hacer prevalecer la opinión propia sobre la de los demás: hay espiritistas habladores sempiternos en las reuniones que menosprecian á los que en asuntos doctrinales no piensan como ellos; otros no están contentos sino contradiciendo á todos; otros pretenden conocer la luz ellos solos, tienen sobre este punto ideas determinadas y son exclusivistas, tanto que rechazan lo que no está conforme con sus preconcebidos sistemas; otros, en fin, por desgracia los más, son espiritistas de oídas: lo que de Espiritismo les han contado ha satisfecho su razón de tal modo, que nada más han necesitado para convencerse, asisten á las reuniones, allí aprenden los puntos capitales de la doctrina y no se cuidan de leer poco ni mucho. Todas estas preocupaciones nacidas, como se ve, de la ignorancia, son un elemento perturbador en el Espiritismo, cuyas consecuencias son más graves de lo que buenamente piensan algunos. Tiene el Espiritismo tantos enemigos visibles como invisibles, estos últimos más temibles por las ventajas que su posición de espíritu desencarnado les concede. Se ha dicho hasta la saciedad que los espíritus malévolos se aprovechan de todas nuestras flaquezas para perturbar nuestro sentido intelectual y moral y sembrar la discordia en los centros; saben todos los espiritistas que cada imperfección nuestra es puerta abierta por donde entran los obsesores; y comprendiendo, como comprenden todos, que un estudio constante y profundo de nuestras creencias salvaría estos inconvenientes, son los menos los que se aplican á saber por si mismos las verdades espiritistas. Para estar enterado de ellas piensan algunos que basta asistir á las sesiones, y han tomado por costumbre ir á una reunión un día determinado como rutinariamente van los católicos á la iglesia, los domingos. ¡Es tan cómodo aprender por boca de otros! y más si éstos son espíritus, los cuales nada exigen en cambio de su enseñanza.

Lejos de nosotros el pensamiento de criticar la asistencia á las reuniones; las juzgamos útiles é indispensables para la propaganda, el estudio y la fraternidad entre los espiritistas; lo que si decimos es que ellas no bastan para dar extenso

conocimiento de nuestra filosofía, desvanecer errores, borrar de la mente preocupaciones y sistemas preconcebidos. ¿Pues qué? Quiere uno aprender una ciencia y para ello pasa largas horas escuchando al profesor, y vela y madruga y aguza el ingenio; y para alcanzar á saber lo que será de nosotros, regularizar nuestra conducta y hallar solución á la mayor parte de los problemas de la vida, cuando se trata, en fin, de nuestra felicidad, ¿seremos tan indiferentes que sólo le dediquemos una hora de vez en cuando? Es preciso sacudir esta indolencia que caracteriza nuestro genio español y mostrar más bríos en el estudio de lo que tanto nos conviene. En Espiritismo no podemos decir que no se lee porque no se escribe; tenemos infinidad de obras traducidas, muchas propias, no faltan periódicos; hay escritores y escritoras que dan á las publicaciones variadísimos tonos y matices; no falta pues quien escriba, la desgracia está en que falta quien lea, de ahí las preocupaciones de ánimo, la poca solidaridad entre los correligionarios, las obsesiones que se ven y las que no se ven, y mil y mil otras consecuencias. No hay para todo esto más que un remedio: recompensar los esfuerzos de los que se sacrifican en la propaganda espiritista, leyendo cuanto ellos escriben y estudiando profundamente á Kardec, el maestro espiritista.

MATILDE RAS.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA DE NUESTRO SIGLO

(Continuación)

Portugal.—Portugal había sido asolado por la guerra de la Independencia, y Juan VI no se apresuró á volver del Brasil. Durante su ausencia, lord Beresford se hizo omnipotente, al mismo tiempo que excitó en los portugueses el odio más tenaz contra sus crueldades. Si bien pudo reprimir una conspiración liberal del general Freire d' Andrade, con su crueldad acostumbrada, no tardó en estallar una segunda, dirigida por el coronel Sepúlveda y el conde Silveira en Oporto, tomando los sublevados á Lisboa donde fué proclamada una constitución liberal, obligando á Beresford á huir á Inglaterra. Juan VI acababa de acordar al Brasil una constitución en 1821, é inquieto por la ambición de su hijo don Pedro que favorecía la separación del Brasil y Portugal, nombróle regente y volvió á Lisboa el 21 de julio de 1821. Don Juan aceptó voluntariamente la constitución, pero la Reina se unió con su segundo hijo don Miguel para restablecer el absolutismo. Durante este tiempo don Pedro dejaba consumarse la independencia del Brasil, y el 12 de octubre de 1822 aceptaba el título de emperador constitucional.

Don Miguel mientras tanto se ponía al frente del partido absolutista intentan-

do un golpe de estado para destronar á su padre, pero fracasó éste y tuvo que expatriarse. Entonces el embajador inglés A' Court provocó la formación de un ministerio Souza, Laldauha que reconoció la independencia del Brasil. Juan VI murió en 1826 designando para sucederle á don Pedro y como regente á su hija Isabel. Mas éste renunció sus derechos á favor de doña Maria de la Gloria que debía casar más tarde con su tío don Miguel. Mas antes debería éste reconocer la constitución dada por don Pedro á Portugal. Sus partidarios los miguelistas protestaron sin embargo, don Miguel acabó por someterse y fué nombrado regente. Aprovechóse de su posición y del entusiasmo de los burbés ó absolutistas para hacerse declarar rey por las Cortes; vencedor de una primera insurrección á favor de don Pedro, multiplicó los suplicios redoblando las persecuciones. Los partidarios de doña Maria se apoderaron de la isla Terceira (Azores), y don Miguel se atrajo los odios del pueblo francés por los malos tratamientos que daba á los residentes de aquella nación. Don Pedro I abdicó en favor de su hijo Pedro II en 1830 y se embarcó para Europa. Fué recibido en la isla Terceira por el conde de Villafior, desembarcando después en Oporto donde se mantuvo hasta 1832. La flota miguelista fué dispersada en cabo San Vicente, el duque de Terceira (Villafior) entró en Lisboa, y don Pedro fué proclamado regente de su hija doña Maria en 1833. La cuádruple alianza de Francia, España, Inglaterra y Portugal, arruinó el partido de don Miguel que capituló en enero dejando á Portugal. Doña Maria fué desposada con el duque de Leuchteuberg, hijo del principe Eugenio, y don Pedro murió poco después.

La reina doña Maria inauguró el sistema constitucional en Portugal; pero habiendo perdido á su esposo el duque de Leuchteuberg, se volvió á casar con el duque Fernando, hacia el cual las Cortes mostraron cierta desconfianza. Una insurrección en setiembre de 1836 impuso á la Reina la Constitución de 1822. El duque de Terceira y el general Saldauha prepararon una contra-revolución que fué sofocada por el marqués d' Ascutaz. En 1838 el conde Thomar (Costa Cabral) redactó un compromiso por el cual la Reina aceptaba la Constitución de 1822, pero teniendo un veto absoluto. En 1841 el partido exaltado cometió la torpeza de provocar á la Inglaterra, rehusando renovar el tratado comercial de Methuen y amenazando resistir abiertamente á la abolición del trato de negros.

Costa Cabral se aprovechó de este yerro para batir á los exaltados mandados por Bemfin en Almeida, en 1844, y restablecer la Constitución de don Pedro. Fomentó con sus medidas económicas la prosperidad de Portugal; pero una revolución de aldeanos en Miho le obligó á huir á España en 1846.

Llamado Saldauha al año siguiente, sometió á Porto, pero á los dos años fué derrotado por Costa Cabral, de vuelta á Portugal. El general pasó al partido septembrista, hizo en 1852 un pronunciamiento en Porto y gozó durante algún tiempo de un poder dictatorial, modificando la Constitución por el acta adicional

de 5 de julio de 1852. Doña Maria murió repentinamente el 15 de noviembre de 1853.

Italia.—Este país experimentaba una reacción tanto más violenta cuanto más raíces habían echado en ella las nuevas ideas. Componíase entonces de cinco estados: 1.º el reino lombardo-veneto donde el general austriaco, Somariva primero, y después el archiduque Antón desde 1816 á 1818, y el vi-rey Reginer, se hicieron notar por sus crueldades y avaricia. En 1821, durante el periodo constitucional que agitó á Italia, los liberales milaneses, sobre todo Palavicini, Castiglia y el jefe del partido italiano Coufaloniero, comunicaron con los liberales del Piamonte, siendo tratados cruelmente, como los jóvenes patriotas Andryani, Orleoni, Silvio Pellico, durando esta política terrorista de 1821 en Lombardía hasta 1848. El Austria creía evitar de este modo todo movimiento insurreccional; pero las ideas revolucionarias propagadas en el Piamonte por los partidarios de la unidad italiana y por la sociedad «Joven Italia» inquietaron al Emperador que apoyó con sus tropas á los principes italianos más directamente amenazados, y que intentó intimidar más tarde á Pio IX entrado en la vía de las reformas.

2.º El Piamonte donde reinaba Victor Manuel I, que se empeñó en hacer desaparecer de sus estados todo cuanto oliese á revolución. Sin embargo, se vió obligado á echar mano de nuevos hombres como Próspero Balbo, y aun debía haber contado con el jefe del partido constitucional Cesare Balbo, hijo de Próspero que tenía grandes esperanzas en el heredero presunto del trono el principe de Carignan, puesto que ni el Rey, ni su hermano Félix tenían hijos. La intervención austriaca decidida en Laybach en 1821, agrupó á los liberales piamonteses en la idea de independencia y unidad de la Italia, siendo los jefes de este partido el principe della Cisterna, Priero y el general Santa Rosa. El movimiento empezó por el levantamiento del conde Palma, ganando los revolucionarios á Turín. Victor Manuel rehusó el titulo de rey de la alta Italia, abdicando en favor de su hermano Carlos Félix.

Después de la derrota en Novara del principe de Carignan por la armada real del general Latour, llegó Santa Rosa á ser dictador; más batido también en Novara por Latour y el austriaco Bubua fué restablecido en el trono Carlos Félix, escapando los jefes de la revolución y reinando éste hasta 1831 pacíficamente hasta su muerte en dicho año acaecida.

Sucedíole el principe de Saboya Carlos Alberto que no respondió á las esperanzas que en él se tenían. Arrojó al ilustre economista Gioberti en 1833 por revolucionario, y reprimió severamente en 1834 el movimiento provocado por el genovés Mazzini fundador de la «Joven Italia.» Sin embargo, poco á poco se dejó ganar por la idea de la independencia italiana tan valientemente defendida por Cesare Balbo en su periódico *Il risorgimento*, y guiándose por el consejo de Massimo d' Azeglio, hizo en 1846 una evolución definitiva hacia el régimen cons-

titucional, formó un ejército nacional, acogió á los refugiados lombardos y suprimió los últimos derechos feudales, llegando hasta acordar en 1847 una Constitución representativa y llamar al poder al ilustre Gioberti, á quien 14 años antes había arrojado de sus estados.

3.º La Italia central en donde el gran duque Fernando y su ministro Fossombroni desarraigaban las ideas é instituciones francesas, teniendo buen cuidado sin embargo de evitar los excesos de la reacción. Á su sucesor Leopoldo II que desconfió de los austriacos, siguió Francisco de Módena que fué por el contrario uno de los más ardientes partidarios del antiguo régimen, y adquirió por herencia el ducado de Massa. Lucques pertenecía á la ex-reina de Etruria, María Luisa de España, á la que sucedió Carlos Luis su hijo en 1824. La mujer de Napoleón María reinó también en Parma hasta 1847.

En la crisis revolucionaria que trabajó á Italia en 1831, Leopoldo II fué el único que, gracias á sus sentimientos patrióticos, no fué atacado, acordando en 1848 á su pueblo una Constitución parlamentaria. En los demás ducados de Emilia, Módena y Parma hubo insurrección combinada con la Romanía en 1831. En Módena los revolucionarios pusieron el movimiento bajo las órdenes y protección del duque Francisco, que hizo detener á los conspiradores, obligándole éstos á huir á Viena. Entonces los modenese se organizaron bajo las órdenes del abogado Nardi y del general Zucchi. Pero la intervención austriaca restableció á Francisco VI en Módena y María Luisa en Parma, pasando el ducado al de Lucques á la muerte de ésta en 1847.

4.º Los estados de la Iglesia en los cuales se inauguró la restauración de Pío VII con grandes y crueles excesos cometidos por los ministros provisionales Pacea y Rivarola, ambos cardenales. Causalois, más político que todos ellos, prometió por el *motu-proprio* de 1816 una ley fundamental que jamás llegó á ser un hecho ni mucho menos planteada. Entonces los liberales formaron sociedades secretas de Carbonari, y para anular la acción de éstas, los apostólicos organizaron las de Calderari, siendo numerosísimos los escándalos dados por los funcionarios públicos de los estados de la iglesia hasta la muerte de Pío VII en 1823. Su sucesor León XII (Anibal della Genga) se echó en manos de los ultras, atacó la iglesia anglicana y se hizo odiar de los prelados romanos por sus reformas y su rigidez. En medio de todo supo reorganizar los negocios financieros de su país. Murrió en 1829, sucediéndole Pío VIII (Castiglione) á quien bastó el corto espacio de un año de reinado para hacerse odiar de todos sus conciudadanos. Á su muerte, acaecida el 30 de noviembre, crecía cada vez más la efervescencia revolucionaria, especialmente en las Marcas. El camaldulense Capellari fué nombrado Papa bajo el nombre de Gregorio XVI el 2 de febrero de 1831. El general Armandi desplegó en Bolonia con heroico entusiasmo la bandera tricolor italiana, bloqueando al mismo Papa en Roma. Mas el gobierno insurreccional derrotado en Ancona por

los austriacos tuvo que retirarse, mientras que la intervención francesa obligaba á éstos á abandonar la Italia. La reacción sangrienta ocasionada por el Papa que excomulgó la primera locomotora promovió una segunda revolución en 1832. Entonces el Austria intentó una segunda intervención, mas la Francia se le anticipó ocupando Ancona con sus tropas é indicando al Papa en un memorandum la vía de las reformas; pero Gregorio XVI gobernó obstinadamente con los polizontes, y su administración fué deplorable, excepto para los trabajos públicos á que dedicó toda su actividad é iniciativa. Á su muerte, ocurrida en 1846, sucedióle el cardenal Mastai Ferretti con el nombre de Pío IX, que bajo la influencia del partido liberal italiano modificó la administración de justicia, creando un consejo de ministros, un consejo de estado, una guardia nacional y llegando en 1848 á otorgar á su pueblo una Constitución.

Y 5.º El reino de Nápoles donde reinaba Fernando IV y I de las dos Sicilias, que decidido á reaccionar sobre y en contra de los revolucionarios, no pudo satisfacer sin embargo la avidez y el odio de los nobles emigrados de Sicilia. Sus ministros Tommasi y Medici copiaron de la administración francesa el modo y procedimientos de combatir el bandolerismo. Á la noticia de la revolución española, un regimiento proclamó la Constitución en Nola, tomando la dirección del movimiento Guillermo Pepe y obligando al Monarca á jurar la Constitución en 1820. En Palermo la revolución fué sangrienta y el pueblo se vió amenazado por el Austria con una intervención. Pepe hubiera podido sostener el movimiento puramente constitucional, pero la desconfianza de la corte le arrojó en brazos de los Carbonari. Entonces Metternich, que había visto con despecho á la Inglaterra oponerse en el Congreso de Tropán á una intervención en Nápoles, hizo invitar á Fernando en el Congreso de Laybach en 1821. Para acudir al Congreso, éste dejó la regencia á su hijo Francisco, quien confirmó la Constitución mientras en Laybach su padre se defendía débilmente de la intervención austriaca. El general Frimont derrotó en Rieti á Pepe y entró en Nápoles el 23 de marzo de aquel mismo año. Siguióle allí el Rey confiando el poder á Canosa, jefe de la nobleza absolutista, persiguiendo cruelmente y sin piedad á todos aquellos que habían tomado parte aun legalmente en la revolución de 1820.

Á su muerte en 1825 sucedióle su hijo Francisco I, quien se mostró aún más adicto que su padre al régimen austriaco, y gobernó con el director ó jefe de política Intonti. Los austriacos se retiraron; mas en cuanto traspusieron sus fronteras estalló una revolución formidable, haciendo el Rey arrasar su ciudad natal y sorprendiéndole la muerte en su tarea anti-revolucionaria en 19 de noviembre de 1830. Sucedióle en el trono su hijo Fernando II que empezó su reinado por una amnistía, muchas promesas y algunas reformas en los impuestos. En 1837 la miseria originada por el cólera que asolaba sus estados, promovió una insurrección en Sicilia; entonces abolióse la Constitución, siendo severamente reprimidas

las nuevas insurrecciones de Aquila en 1841 y Cozenza en 1844; pero no por eso dejaba la agitación que trabajaba sus estados de ser cada vez más imponente y amenazadora.

En todos los pueblos, como acabamos de ver, rugía furioso el huracán revolucionario, y en todos ellos iba revistiendo caracteres más imponentes y terribles. Ahora vamos á ver cómo se verificó esa lucha de las clases sociales en el interior de cada uno de ellos. La revolución francesa de 1848 es el génesis de todo el movimiento revolucionario que hizo vacilar de nuevo todos los tronos de Europa, así como la de 1793 hizo brillar ante los pueblos la luz inextinguible de los derechos individuales, base de la verdadera libertad; la de 1848 hizo brillar ante ellos la luz de igualdad ante la ley, única igualdad verdadera, y los escollos que encierra el confundirla con la absurda igualdad de hecho, de suyo inestable y falsa.

Pero si aquella presenta dos caracteres, uno político y otro religioso, ésta presenta también los mismos y conviene nos detengamos un momento para estudiarlos con detención.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA DE 1848

Dos cuestiones capitalísimas é importantes perturban hondamente todos los pueblos civilizados en nuestro siglo. La cuestión social y la cuestión religiosa. Con la revolución francesa de 1789, la clase media ó sea el tercer estado, decía por boca de Sieyes como reasumiendo el espíritu que había originado á aquella: —«¿Qué es el tercer estado?—Nada.—¿Qué debe ser?—Todo». Ahora no sólo en Francia, sino en Alemania, en Inglaterra y en casi todas partes, la clase obrera emplea un lenguaje análogo. Y como en la mayoría de los pueblos gozan del derecho de sufragio, quieren aprovecharlo para mejorar su condición penosísima á todas luces. En algunos países han obtenido la igualdad política y ya reclaman la igualdad social, soñando con ver realizadas una serie de reformas más ó menos legítimas que terminarían por una refundición total de las sociedades modernas. La cuestión social no es pues otra cosa que la presentación en escena de un personaje nuevo: el obrero.

La cuestión religiosa se presenta bajo dos formas, como lucha de los gobiernos y de los pueblos contra el romanismo que no renuncia al poder temporal del Pontífice y que hace en todas partes esfuerzos gigantescos para realizar aquella idea concebida en la Edad media de someter todos los tronos y todos los pueblos á los decretos y voluntades del papado; grandiosa, si no estuviese basada en la

insaciable codicia é inmenso orgullo de unas momias divinizadas por el fanatismo; y en segundo lugar, hay la lucha del espíritu científico contra la idea religiosa.

Procuremos investigar las causas de los errores en que incurrieron unos y otros, pobres y ricos, sacerdotes é incrédulos, porque los errores de todos han sido la causa de tantas desgracias.

I LA REVOLUCIÓN POLÍTICA

La Francia proclamó la república estableciendo un gobierno provisional que reunió la Asamblea Constituyente: veamos si los franceses de 1848 comprendieron mejor que los de 1793 la libertad y la igualdad. Las tareas de aquella misma constituyente, se vieron hondamente perturbadas por las agitaciones socialistas. El general Cavaignac, vencedor de las insurrecciones que tenían lugar en París, fué investido de poderes discrecionales, hasta que en Noviembre se promulgó una constitución que confería el gobierno de la República á un presidente amovible cada cuatro años. La elección recayó entonces en Luis Napoleón Bonaparte para desempeñar aquella alta magistratura.

Una vez conseguida la igualdad política no se contentaron con esto las masas que pretendían la igualdad de hecho, utopia con que siempre sueña la ignorancia crasa, en que por lo general se hallan sumergidas las clases más pobres de nuestras sociedades modernas. Ya hemos visto al principio de estos «Estudios» la gravedad de tamaño error en que también habían incurrido los hombres del 93. Esa igualdad de hecho—como dijimos anteriormente (1)—jamás se puede ver satisfecha, porque aspirando á la igualdad de goces, despierta la envidia hacia toda superioridad y distinción, ambicionando á la vez para sí, aquellas distinciones que envidia á los demás. Conduce inevitablemente á la anarquía ciega en que tan sólo impera la fuerza».

De aquí el que un nuevo César viniese á poner fin á ésta, como un abuelo suyo había puesto fin á la magnífica revolución del 93. La libertad siguió siendo para la mayoría sinónimo de soberanía; en cuanto ésta se vió proclamada, creyeron asegurada su libertad. Sólo después de una reacción ciega y opresora, era cuando debían los franceses comprender el error en que se hallaban y subsanarlo escribiendo sus libertades primero en las leyes y luégo en la conciencia, desechando aquella igualdad ilusoria y absurda para comprender ésta bajo su verdadera forma y practicarla. Y precisamente á consecuencia de no haberla

(1) Véase el número de Junio de 1884, página 185.

comprendido, vino el golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1851 á disolver la asamblea legislativa que había reemplazado á la constituyente. Autorizado por la nación, presenta Bonaparte una constitución nueva; y siéndole favorable el voto popular, al año siguiente se alza con el imperio bajo el nombre de Napoleón III emperador de los franceses.

Asamblea constituyente, asamblea legislativa, insurrecciones cotidianas, orgías sangrientas, imperio, exactamente los mismos pasos que en 1793, la Francia, cansada de anarquía, ciega, se entregaba hasta con alegría en manos de un César. Hé aquí adónde conduce la ignorancia y pretensiones exageradas de unas masas sin instrucción. Mas esta revolución presenta también, como aquella, otro carácter principal, el religioso, como vamos á ver.

II LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

Nunca ha estado sometida—dice Labeleye—la idea religiosa á pruebas tan terribles. De los cuatro puntos cardinales soplan vientos hostiles que la sacuden y parecen destinados á destruirla. Entre las clases altas y bajas de la sociedad no hay barreras, y parece como si el escepticismo de las primeras cayese á torrentes sobre las demás, que todo lo inunda con su frio y helado soplo. Y ¿á qué obedece tan general escepticismo? ¿Qué causas reconoce la universal y fría indiferencia religiosa de nuestro tiempo? Varias son las causas que han dado origen á tan desoladoras ideas; en primer lugar las ciencias naturales y su método aplicado á la filosofía, es decir, esa corriente científica que se conoce bajo el nombre de positivismo. Esta clase de estudios enseñan al hombre á explicarse todos los fenómenos por causas naturales, borrando así toda idea de un poder sobrenatural, que exagerándola al no ser comprendida, conduce á poner en duda la existencia de la Divinidad que todo lo rige y gobierna. Y por otra parte, también mal comprendidos los estudios sobre el origen de los seres, conducen á todos aquellos que no profundizan lo bastante para comprenderlo, á asimilar el hombre á los animales, negándole su alma inmortal.

En segundo lugar, el sentimiento religioso se halla debilitado por la pasión del bienestar y la ambición. En medio de ese torbellino de goces y placeres, no queda lugar ya propio para ellos sin preocuparse un gran número poco ni mucho de la vida espiritual ni del sentimiento religioso. Ved sino hasta á los mismos sacerdotes, ¡cuán engolfados se encuentran en sus intereses materiales, y cuán absorto está su espíritu en las luchas políticas y apartado de los celestes horizontes! Para el hombre moderno, aun para los mismos sacerdotes, la tierra y

sus bienes lo son todo, como si hubieran de permanecer siempre en ella; y en esa atmósfera densa y fría el sentimiento religioso se debilita y desvanece. En tercero y último lugar el ateísmo que hasta aquí fuera patrimonio tan sólo de las clases privilegiadas, invade á los obreros, produciendo un singular contraste esos obreros que persiguen la igualdad, rechazar el cristianismo que vino á traer la buena nueva á los desheredados de ese mundo. Jesús les anuncia que los postreros serán los primeros y los primeros los postreros, y su palabra es proscrita y desoída por aquellos mismos á quienes promete la emancipación. Lo que subleva á las clases obreras no solo contra el cristianismo sino contra toda religión positiva, es que los sacerdotes aliados constantemente de los poderosos, hacen de las creencias religiosas una consagración y un medio de defensa del orden establecido. Mientras predicán: *Sobrellevad con paciencia vuestras penas; la vida presente es corta, no es sino preparación de la vida eterna; los que hayan sufrido en este mundo encontrarán una compensación en el otro; la pobreza es el camino del cielo*, ellos habitan suntuosísimos palacios, andan en coche y atesoran oro en sus gavetas, haciendo liga común con los soberanos. Comprendiéndolo así, las sectas socialistas en su cuasi totalidad defienden abiertamente el ateísmo.

Obran estas tres causas simultáneamente, aumentando en intensidad á medida que entran en el movimiento nuevas categorías sociales. Y á juzgar por lo brusco de sus ataques, parece ser que si ese movimiento continúa, la religión perecerá. Pero ¿morirá toda idea religiosa ó es únicamente una forma religiosa la llamada á desaparecer? No, no es la idea religiosa. Es simplemente una de sus múltiples y variadas formas que si persiste en su inmutabilidad, concluye y muere, pudiendo únicamente evitar una ruina segura por medio de una transformación que la ponga al nivel de los progresos del siglo actual. Mas esta transformación ¿será análoga á la verificada por Cristo há diez y nueve siglos en Judea, ó será simplemente una reforma de ritual?

(Continuará.)

INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

El Espiritismo demuestra con hechos palpables y evidentes, la comunicación de ultra-tumba y la influencia que en nosotros ejercen los seres del mundo espiritual, de un modo más ó menos ostensible. Muchas veces se nos ocurre de pronto una idea que aceptamos ó desechamos según su conveniencia ó inconveniencia, tomándola por nuestra sin serlo. Como el espíritu, para comunicar sus impresiones á sus hermanos, encarnados ó desencarnados, no tiene un órgano dispuesto como los primeros para producir sonidos, lo hace por

medio de la intuición. Las ideas son abstracciones; mas si preguntáis á un medium sonámbulo ó á un espíritu cómo se lleva á cabo la intuición de las ideas, os dirán que, así como el sonido, la luz, el calor, el magnetismo y la electricidad no son más que diferentes modos de movimiento del éter, las ideas son vibraciones fluidicas, sutiles, propagándose en el ambiente fluidico de cada mundo, como en un estanque se propagan las ondas concéntricas, que origina la caída de una piedrecilla. En este fenómeno tan sencillo como comprensible, se encuentra la clave de las intuiciones; mas no hay que confundir esas vibraciones fluidicas que se propagan del modo expresado en el ambiente fluidico, con el producto, ó mejor dicho, el resultado de la actividad de la inteligencia, pues se caería en el error de materializar el pensamiento, lo cual no deja de ser un absurdo. Sabemos que nuestro espíritu es inmaterial; pero obra por medio de un agente semimaterial, semi-fluidico, ó sea el periespíritu sobre el organismo; luego esas vibraciones no son las ideas en sí, sino su transmisión por medio del fluido, que es el que da origen á esas vibraciones, viniendo á ser como la electricidad, de cuya naturaleza participa. Estas vibraciones, en tal caso, al impresionar el cerebro humano, despertarían en él una idea análoga á aquella que las dió origen, verificándose de este modo tan sencillo la intuición.

Entonces, la inspiración tendría una explicación tan clara, como razonable. Sería la relación de un alma poética con otra más poética todavía. Por eso no me extraña muchas veces que, llevados de esa inspiración que hasta hoy no ha tenido explicación alguna, escriban muchos poetas cosas que ni siquiera pasó por su imaginación escribir. Tales anomalías tienen su explicación en nuestra sublime doctrina. ¿Cómo se explica sino que haya seres que siendo ajenos por completo á las letras, hagan poesías sublimes? Y sin embargo son hechos que se tocan y que se ven todos los días.

He aquí también por qué, aun antes de que apareciera constituido el Espiritismo como doctrina filosófica, Becquer, Goethe, Schiller, Lessing y tantos otros escribieran magníficas poesías espiritistas, que me propongo dar á conocer en estos artículos, empezando por nuestros compatriotas.

Antonio de Trueba, uno de nuestros más grandes poetas líricos, escribía hace algunos años esta poesía:

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN

I

Aunque engañado viva
poco me importa,
que también el engaño
tiene su gloria.

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo;
por más que el viento silbe
y aullen los perros;
duerme, que al niño

mientras duerme le guardan
los angelitos.»

Así cantó una noche
mi dulce madre,
procurando dormirme
con sus cantares,
y fui quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.

Hasta que empezó á verse
la luz del día,
dicen que el viento estuvo
silba que silba;
y aun aseguran
que estuvieron los perros
aúlla que aúlla.

Mas yo pasé en un sueño
toda la noche,
junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mí viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.

Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño...
¡ Santa creencia !

La madre que la infunde
¡ bendita sea !

II

«Tal vez encuentres, ¡hijo
de mis entrañas!
más espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mío,
piensa que están las palmas
tras el martirio.»

Así me dijo un día
mi dulce madre,
convertidos sus ojos
en dos raudales.

Así me dijo
cuando dejé la tierra
porque suspiro.

¡ Ay mis montañas verdes !

¡ Ay mis cantares !

¡ Ay mi casita blanca !

¡ Ay mis nogales !

¡ Ay mis castaños,

en donde yo jugaba,
con mis hermanos !

¡ Hallo tantas espinas
en mi jornada,

que el corazón me duele,
me duele el alma !

Si álguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga.

Mas si Dios me da penas
yo las bendigo,
porque crecen las palmas
tras el martirio.

¡ Santa creencia !

La madre que la infunde
¡ bendita sea !

III

«Si el amor, hijo mío,
llama á tu pecho,
no olvides que su origen
está en los cielos;
y ten presente
que la mujer es débil
y el hombre fuerte.»

Así me escribió un día
mi dulce madre.

¡ Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entonces
por el amor del ángel
troqué el del hombre !
En el amor contemplo
la pura esencia
de lo bueno y lo santo
que el alma encierra ;
y el amor pago
con lo que encierra el alma
de bueno y santo.
La mujer, á mis ojos,
es débil planta,
de eternos huracanes
amenazada ;
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.
Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora.
¡ Santa creencia !
La madre que la infunde
¡ bendita sea !

IV

« Hijo mío, no llores
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos

las almas viven,
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano. »
Así me escribió un día
mi pobre madre,
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta,
pero yo á todas horas
hablo con ella.
Exhalan cada día
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho ;
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.
Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba,
ó definiendo su nombre
de la impostura,
un tierno voto
de gratitud me envían
llenos de gozo.
¡ Santa creencia ! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados
hace inmortales.
¡ Santa creencia !
La madre que la infunde
¡ bendita sea !

No se sabe qué admirar más en tan inspirada composición, si la fe ó la ternura
que la inspiran. Digamos, pues, con el poeta :

¡ Santa creencia !
La madre que la infunde
¡ bendita sea !

Si, bendita y mil veces, la que sabe enseñar á su hijo el sublime ideal que consciente ó inconscientemente canta el poeta, y que no es otro que el regenerador Espiritismo.

Escorial, 2 Febrero 1885.

M. GIMENO EYTO.

LA HISTORIA DE LA TIERRA

La Astronomía reina en la inmensidad del tiempo, como en la inmensidad del espacio. Recientemente nos ocupábamos con uno de nuestros maestros en la Ciencia, de las leyes generales que han presidido á la formación de la nebulosa solar y al nacimiento de los mundos. Tal vez no carezca de interés el dirigir hoy una ojeada á nuestro planeta en su estado primordial y aprovechar esta circunstancia para ver pasar ante nosotros el panorama de las edades pasadas.

Hubo un tiempo en que la humanidad no existía. La Tierra ofrecía entonces un aspecto del todo diferente al que presenta en nuestros días. En lugar de la vida inteligente, laboriosa y activa que circula por su superficie; en lugar de estas ciudades populosas, de estas aldeas, de estas habitaciones, de estos campos cultivados, de estas viñas, de estos jardines, de estas carreteras, de estos ferrocarriles, de estos buques, de estos talleres, de estas fábricas, de estos palacios, de estos monumentos y de estos templos; en lugar de esta incesante actividad humana que actualmente explota todas las fuerzas de la naturaleza, que penetra las profundidades del suelo, interroga los enigmas del cielo, estudia los fenómenos del Universo, y parece concentrar en sí misma la historia entera de la Creación, no había en ella más que bosques salvajes é impenetrables, ríos corriendo silenciosamente entre solitarias riberas, montañas sin espectadores, valles sin cabañas, tardes sin fantasía, noches estrelladas sin contempladores. Ni ciencia, ni literatura; ni artes, ni industria; ni política, ni historia; ni palabra, ni pensamiento, ni inteligencia. Entonces los dramas y las comedias de la vida humana eran desconocidos en nuestro planeta. El afecto como el odio, el amor como los celos, la bondad como la maldad, el entusiasmo, la abnegación, el sacrificio; todos los sentimientos, nobles ó perversos, que constituyen la trama de la tela humana, no habían nacido aquí-bajo. Los ciudadanos de la patria terrestre existían sin saberlo y trabajaban sin objeto. Eran el pesado mastodonte aplastando con sus pisadas las flores ya abiertas en las florestas; el colosal megaterio escarbando con su hocico las raíces de los árboles; el milodón robusto royendo las ramas

bajas de las encinas; el *dinotherium giganteum*, el mayor de los mamíferos terrestres que jamás hayan existido, sumergiendo sus largos colmillos en el fondo de las aguas, para arrancar las plantas feculentas; eran también los monos mesopithecos y dryopithecos, que brincaban con agilidad en las colinas de la Grecia antediluviana, y comenzaban la familia en las alturas del Partenón.

En aquellos remotos tiempos, París dormitaba en lo desconocido del porvenir. Una antigua selva tenía extendido su manto sombrío sobre la Francia entera, la Bélgica y la Alemania. El Sena, diez veces más ancho que en nuestros días, inundaba las llanuras en donde desarrolla hoy sus esplendores la gran capital; peces que ya no existen se perseguían en sus olas; aves que no existen ya, cantaban en las islas; reptiles que tampoco existen, circulaban entre las rocas. Otras especies animales y vegetales, otra temperatura, otros climas, otro mundo.

Retrocediendo todavía más en la historia de la Tierra, encontraríamos una época en que París y la mayor parte de Francia estaban sumergidos en el fondo de las aguas; en que el mar se extendía de Cherburgo á Orleans, Lyon y Niza; en que la superficie de Europa no se parecía en nada á lo que actualmente es; en que la fauna y la flora se diferenciaban tan extremamente de las que las han sucedido que, sin duda, los habitantes de Marte ó de Venus se nos asemejan más.

Espantosos pterodáctylos de largas alas saltaban en el cielo, vespertillones de los sueños de la Tierra; y aquellos dragones volantes, aquellos murciélagos gigantes, eran entonces los soberanos de la atmósfera.

El *dimorphodon maerónyx*, el *crassirostris* y el *ramphorynchus*, tan bárbaros como sus nombres, balanceábanse por los árboles; se servían de las manos y los piés para trepar por lo alto de las rocas; echábanse al aire abriendo sus paracaídas membranosas y se precipitaban en las aguas como anfibios.

Al propio tiempo los saurios gigantescos, el *ichtyosauro* y el *plesiosauro* se combatían en el seno de las agitadas olas, llenando el aire con sus feroces aullidos, monstruos macrocéfalos de largas quijadas, cuya talla no medía menos de diez á doce metros de largo (se han contado hasta 2072 dientes en la cabeza de algunos de aquellos dinosaurios). El *ignanodon* y el *migalosauro* animaban la soledad de las selvas, en cuyo seno los árboles gigantescos, los helechos arborescentes y las cycadeas y coníferas elevaban sus cimas piramidales ó redondeaban las cúpulas de verdura. Aquellos *iguanodones*, de la forma del kanguro, tenían catorce metros de largo; apoyando sus patas en una de nuestras casas más altas, habrían podido comer en el balcón del piso quinto. ¡Qué prodigiosas masas! ¡Qué animales y qué plantas, relativamente á nuestro mundo actual! Pero allí no había ninguna mirada inteligente para apreciar aquellos grandes espectáculos; ningún oído humano estaba abierto para escuchar aquellas salvajes armonías; ningún pensamiento despierto ante aquellos mágicos paisajes del mundo antediluviano. Durante el día el Sol iluminaba solamente los combates y los juegos de la vida

animal. Durante la noche, la Luna brillaba silenciosa sobre el sueño de la naturaleza inconsciente.

Desde el nacimiento de la Tierra, desde la época remota en que, desprendida de la nebulosa solar, existió como planeta, en que se condensó en globo, se enfrió, se solidificó y llegó á ser habitable, se han sucedido tantos millones y millones de años, que ante ese ciclo inmenso se desvanece la historia toda entera de la humanidad. Quince ó veinte mil años de historia humana no representan en verdad más que una débil parte del período geológico contemporáneo.

Concediendo (como minimum) cien mil años de edad á la época actual, que sus caracteres vitales señalan como siendo la cuarta desde el principio de nuestro mundo, y que lleva en geología el nombre de época cuaternaria, la edad terciaria habría durado trescientos mil años; la edad secundaria un millón y doscientos mil, y la época primaria más de tres millones de años. Es, á lo mínimo, un total de cuatro millones setecientos mil años desde los orígenes de las especies animales y vegetales relativamente superiores. Pero estas épocas habían sido precedidas de una edad primordial, durante la cual la vida naciente sólo estaba representada por sus primitivos rudimentos, por las especies inferiores; algas, crustáceos, moluscos, invertebrados ó vertebrados sin cabezas; y aquella edad primordial parece ocupar las 53 centésimas del espesor de las formaciones geológicas; lo que en la escala precedente le daría cinco millones trescientos mil años para ella sola!...

Estos diez millones de años del calendario terrestre pueden representar la edad de la vida. Pero el génesis de los preparativos había sido incomparablemente más largo aún. El período planetario anterior á la aparición del primer ser viviente ha sobrepujado considerablemente en duración al período de la sucesión de las especies. Juiciosos experimentos conducen á pensar que para pasar del estado líquido al estado sólido; para enfriarse de 2000° á 200°, nuestro globo no ha exigido menos de 350 millones de años!...

¡Qué historia la de un mundo! Ensayar de concebirla es tener la noble ambición de iniciarse en los más profundos é importantes misterios de la naturaleza; es desear penetrar en el concejo de los antiguos dioses que se habían repartido el gobierno del Universo. ¡Y cómo dejar de interesarse por estas maravillosas conquistas de la Ciencia moderna, que, escudriñando los sepulcros de la Tierra, ha sabido resucitar á nuestros antepasados desaparecidos! Á la orden del genio humano, aquellos monstruos antediluvianos se han estremecido en sus negros sepulcros, y, de medio siglo acá sobre todo, se han levantado de sus tumbas; uno á uno han salido de las canteras, de los pozos de minas, de los túneles, de todas las excavaciones, y han vuelto á parecer á la luz del día. De todas partes, penosamente, pesadamente, letárgicos, rotos en pedazos, la cabeza aquí, las piernas más lejos, á menudo incompletos. Aquellos cadáveres, petrificados ya en tiempo

del diluvio, han oído la trompeta del juicio, del juicio de la Ciencia, y han resucitado; se han reunido como un ejército de legiones extranjeras de todos los países y de todos los siglos, y helos aquí que van á desfilar ante nosotros, extraños, raros, inesperados, torcidos, torpes, monstruosos, como si vinieran de algún otro mundo; pero fuertes, sólidos, satisfechos de si mismos, pareciendo tener conciencia de su valor y diciéndonos en su silencio de estatuas: « ¡vednos aquí, á nosotros, vuestros abuelos, vuestros ascendientes; nosotros, sin los cuales no existiríais. Miradnos y buscad en nosotros el origen de lo que sois, porque nosotros somos quienes os hemos hecho. Ved aquí los primeros ensayos de esos vuestros ojos con los que sondeáis lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño; son modestos y rudimentarios, pero muy importantes, porque si estos primeros ensayos no hubiesen salido bien en nosotros, vosotros seríais ciegos. Ved aquí estas patas de las cuales han venido á ser el perfeccionamiento vuestras manos tan elegantes y tan sabias: vuestra boca, vuestra lengua, vuestros dientes; todo esto es muy delicado, encantador; muy bonito, pero son nuestras gargantas, nuestros hocicos, nuestros colmillos, nuestros picos, que han llegado á ser vuestra boca. Vuestros corazones laten dulce, misteriosamente; y esas palpitaciones humanas, que no conocemos, dicen que os procuran emociones tan profundas y tan íntimas, que á veces daríais el mundo entero para satisfacer la menor de entre ellas; y bien, he aquí cómo ha empezado la circulación de la sangre, he aquí el primer corazón que ha latido.

Y vuestro cerebro, os admiráis en él, saludáis en él el sitio del alma y del pensamiento; apreciáis su incomparable sensibilidad hasta el punto en que apenas os atrevéis á profundizar su delicada estructura; pues, vuestro cerebro, es nuestra médula, la médula de nuestras vértebras, que se ha desarrollado, perfeccionado, purificado; y sin nosotros el geólogo, el astrónomo, el naturalista, el historiador, el filósofo y el poeta no existirían. Si, vednos aquí, saludad á vuestros padres!

Así hablarían todos aquellos fósiles; los monos, los prosimianos, los marsupiales, las aves, los reptiles, las serpientes, los anfibios, los peces, los moluscos; y dirían verdad, porque el hombre es la rama más alta del árbol de la naturaleza; sus raíces se hunden en la tierra común, y el árbol que lleva este bello fruto está formado por todas estas especies, en apariencia tan diferentes, en realidad vecinas, parientes, hermanas.

Estudiar la historia de la Tierra, es estudiar á la vez el Universo y el hombre, porque la Tierra es un astro en el Universo y el hombre es la resultante de todas las fuerzas terrestres.

Ya nadie puede creer hoy que el mundo haya sido creado en seis días, hace seis mil años; que los animales hayan salido de la tierra repentinamente á la voz de un creador, del todo formados, adultos y asociados por parejas de machos y

hembras, desde el elefante hasta la pulga y hasta los microbios microscópicos; que el primer caballo haya saltado de una colina; que la primera encina haya sido creada secular. Ya tampoco puede nadie admitir que la organización física del cuerpo del hombre sea extraña á la de los mamíferos. Nadie ignora hoy que Dios no ha creado los animales que existen actualmente, y que han sido precedidos por especies primitivas, diferentes pero no extrañas, desconocidas en tiempo de Moisés; nadie ignora que nuestro globo es muy antiguo y que sus capas geológicas encierran los fósiles de las edades desaparecidas; nadie ignora que anatómicamente el cuerpo del hombre es el mismo que el de los mamíferos; nadie ignora que poseemos todavía órganos atrofiados, que para nada nos sirven y que son los vestigios de los que aún existen en nuestros ascendientes animales; nadie ignora que cada uno de nosotros ha sido, antes de nacer, durante los primeros meses de la concepción en el seno de su madre, molusco, pez, reptil, cuadrúpedo; resumiendo la naturaleza en pequeño su grande obra de los tiempos antiguos; nadie ignora, en fin, que todas las especies vivientes se parecen entre sí como los anillos de una misma cadena, que se pasa de uno á otro por grados intermedios insensibles; que la vida ha empezado en la Tierra por los seres más sencillos y elementales; por plantas que no teniendo hojas, ni flores, ni frutos, apenas podían llevar el nombre de plantas; por animales que no teniendo cabeza, ni sentidos, ni miembros, ni estómago, ni medio de locomoción, apenas merecían el nombre de animales; y que lentamente, insensiblemente, por gradación, según el estado de la atmósfera, de las aguas, de la temperatura, las condiciones de los medios y de la alimentación, los seres volviéronse más vivos, más sensibles, más personales, mejor especificados, más perfeccionados, para venir á parar finalmente en esas flores brillantes y perfumadas que son el adorno de los campos modernos; en aves que cantan en los bosques... para terminar sobre todo en el sér humano, el más elevado de todos en el orden de la vida. Sí, tenemos nuestras raíces en lo pasado; todavía tenemos mineral en nuestros huesos; hemos heredado del mejor patrimonio de nuestros abuelos de la serie zoológica, y bajo ciertos aspectos aún somos plantas; ¿no lo sentimos en la primavera, en aquellos días cálidos en que la savia circula con más intensidad por las arterias de las pequeñas flores y de los grandes árboles?

El sér humano, el rey de la creación terrestre, no está, por otra parte, tan aislado ni tan limpiamente desprendido de sus antepasados; no es tan personal ni tan intelectual como parece. Por lo contrario es muy variado en sus manifestaciones. Entre los mil cuatrocientos millones de seres humanos que existen en este globo, hay, no solamente en las comarcas de salvajes, en las tribus del África central, y en los samoyedas ó habitantes de la Tierra del Fuego, si que también en los pueblos civilizados, millones de individuos que no piensan, que jamás se han preguntado por qué existen sobre la Tierra; que no se interesan

de nada, ni de sus propios destinos, ni de la historia de la humanidad, ni de la del planeta; que no saben dónde están ni se preocupan de ello; en una palabra, que viven como brutos. Los hombres que piensan, que existen por el espíritu, son una minoría en nuestra especie. Sin embargo, de día en día crece su número. El sentimiento de la curiosidad científica se ha despertado y se desarrolla. El progreso que se ha manifestado con lentitud en el perfeccionamiento de los sentidos y del cerebro de la serie animal se continúa, y lo vemos activo en nuestra propia especie, tan ruda en otro tiempo, tan grosera y bárbara, hoy ya más sensible, más delicada y más intelectual. El hombre cambia tal vez más rápidamente que ninguna otra especie. El que dentro cien mil años volviera á la Tierra, ya no reconocería á la humanidad. Ya si hoy nos comparásemos con nuestros antepasados de la Edad de piedra, no podríamos dejar de reconocer un progreso manifiesto en favor de nuestra época; no sólo en lo moral, si que también en lo físico. No son los mismos hombres ni las mismas mujeres. La elegancia del cuerpo y la del ingenio se han refinado; los músculos son menos fuertes, los nervios están más desarrollados; el hombre moderno es menos macizo, menos rudo; insensiblemente el cerebro domina; la mujer moderna es más artista, más fina y más blanca; es más larga y sedosa su cabellera y más clara su mirada; su mano es pequeña y su indolencia más voluptuosa. De tiempo en tiempo invasiones bárbaras todo lo trastornan, pero sólo es una detención y un torbellino; el conjunto es llevado hacia el inconsciente deseo de lo mejor, hacia lo ideal, hacia el desvarío. Se busca. ¿Qué? nadie lo sabe. Pero se aspira y la aspiración arrastra la humanidad hacia un estado intelectual siempre más avanzado, jamás satisfecho. El cráneo se amolda al cerebro y el cuerpo al espíritu.

El ejercicio de los miembros desarrolla aquellos que más trabajan; los que se olvidan, disminuyen y también acaban por atrofiarse. Podríanse juzgar las costumbres de una época por la estatura de los individuos. Aunque en nuestros días se puede sostener con aparente verosimilitud que «la fuerza prevalece sobre el derecho» los espíritus están ya bastante avanzados para conocer que aquel axioma es completamente falso. Día vendrá que no habrá guerras ni ejércitos; que el hombre se sentirá cubierto de vergüenza viendo que no trabaja sino para alimentar regimientos; y en que Francia, Europa, el mundo entero libertado, respirarán libremente sacudiendo y arrojando á un muladar esa capa de lepra, de necesidad é infamia que se llama el presupuesto de guerra.

No, ya no reconocería á la humanidad el que volviera á la Tierra dentro de cien mil años. No subsistirá ninguna de nuestras capitales, ninguna de nuestras naciones, ninguna de nuestras lenguas; otro lenguaje distinto se hablará. Una brillante civilización habrá ilustrado el África central. Europa habrá pasado por sobre la América para ir á encontrar de nuevo á la China. La atmósfera estará surcada por buques aéreos que suprimirán las fronteras y sembrarán la libertad.

por los Estados-Unidos de Europa y Asia. Nuevas fuerzas físicas y naturales habrán sido conquistadas, y algún telégrafo fotofónico nos hará conversar con los habitantes de los planetas vecinos.

La Tierra cambia sin cesar, — despacio, porque su vida es larga, — pero perpetuamente. Aquí el mar descarna las costas y avanza en el interior de la tierra; allá, al contrario, los ríos acarrean arena, forman deltas y conglomerados y hacen adelantar las orillas en el mar; las lluvias y vientos hacen bajar las montañas á los ríos y á los Océanos, las fuerzas subterráneas levantan otras montañas; los volcanes destruyen y crean; las corrientes del mar y de la atmósfera, modifican los climas; las estaciones varían periódicamente; las plantas se transforman, no sólo por el cultivo humano, sino también por las variaciones de los medios; las aves de las ciudades construyen hoy sus nidos con residuos de las fábricas; las ciudades humanas nacen, viven y mueren; un prodigioso movimiento lo arrastra todo en su curso; en aquellas hermosas horas del anochecer en que, sobre la pendiente de las colinas solitarias, huímos de los ruidos del mundo para asociarnos á los misteriosos espectáculos de la naturaleza; á la hora en que el Sol acaba de bajar á su lecho de púrpura y oro; en que la luna creciente se destaca, como celeste navecilla, en el océano de azur, y en que las primeras estrellas se encienden en lo infinito; entonces nos parece que todo está en reposo, en reposo absoluto; á nuestro rededor y que la naturaleza empieza á dormir en sueño profundo; este aspecto es engañoso; en la naturaleza jamás hay reposo, siempre trabajo, trabajo armonioso, vivo y perpetuo; la tierra parece inmóvil; nos lleva por el espacio con una velocidad de 26,500 leguas por hora, mil y cien veces la velocidad de un tren exprés! la Luna parece que está parada: nos sigue en nuestro curso al rededor del Sol y gira en torno nuestro á razón de más de mil metros por segundo, obrando todos los instantes por su atracción para desordenar á nuestro globo, echarle hacia adelante ó hacia atrás, producir las mareas, etc.; las estrellas parecen que están fijas: cada una de ellas boga con vertiginosa é inconcebible rapidez, recorriendo hasta dos y trescientas mil leguas por hora; al anochecer parece está apagado el Sol y brilla siempre, sin que jamás haya conocido la noche; se cubre de llamas intensas, y lanza incesantemente á su alrededor con sus efluvios de luz y calor, explosiones de fuego que se elevan á cuatrocientos y quinientos mil kilómetros de altura y vuelven á caer en llamas de incendio sobre el océano solar que arde siempre; el río que está á nuestros piés está tranquilo como un espejo: corre, corre siempre, devolviendo sin cesar al océano el agua de las lluvias que cae siempre, de las nubes que siempre se forman, de los vapores del océano que siempre se elevan; la yerba sobre la cual estamos sentados parece una alfombra inerte: brota, crece, y, día y noche, sin un instante de reposo, las moléculas de hidrógeno, de oxígeno y de ácido carbónico están en perpetua actividad; las aves callan en su bosque: bajo el cálido plumón de la

llueca los huevos están en vibración profunda y pronto los pequeñuelos van á salir del cascarón; y nosotros mismos, que contemplamos meditando este grande espectáculo de la naturaleza, nos creemos en reposo y estamos dispuestos á creer que durante nuestro propio sueño la naturaleza reposa en nosotros; error, profundo error; nuestro corazón late, enviando en cada latido la circulación de la sangre hasta las extremidades de las arterias; nuestros pulmones funcionan, regenerando sin cesar ese fluido de vida; las moléculas constitutivas de cada milímetro de nuestro cuerpo se empujan, se incorporan, se impelen, se repelen y se sustituyen sin un momento de descanso; y si pudiésemos estudiar en el microscopio los tejidos de nuestros órganos, nuestros músculos, nuestros nervios, nuestra sangre, nuestra médula, y sobre todo la fermentación de cada partícula de nuestro cerebro, asistiríamos á un trabajo íntimo y permanente que hace vibrar, noche y día, cada punto de nuestro sér, desde el momento de nuestra concepción hasta nuestro último suspiro—y aún más allá, porque, ya salida el alma, este cuerpo vuelve, molécula por molécula, á la naturaleza terrestre, á las plantas, á los animales y á los hombres que nos suceden; nada se pierde, nada se crea, estamos formados del polvo de nuestros antepasados, nuestros nietos lo estarán del nuestro.

Es el progreso perpetuo de los seres y de las cosas; es el eterno llegar á ser. Acabamos de resumir la historia de un mundo. El aspecto de la creación bajo el punto de vista del *tiempo* no impresiona menos al espíritu del pensador que la contemplación bajo el punto de vista del *espacio*. Las dos comprensiones se completan mutuamente, conduciéndonos á apreciar las realidades profundas de este vasto Universo viviente del que formamos parte integrante.

CAMILO FLAMMARION.

Setiembre, 1884.

LOS TERREMOTOS DE ESPAÑA

Después de las lamentables catástrofes de Ischia y de Krakatoa, hoy los terremotos de la península española llaman de nuevo nuestra atención sobre el estado de inestabilidad del planeta en que vivimos. No es sin razón que esta Revista de los progresos de la ciencia ha comprendido en su cuadro la Meteorología y la Física del globo, porque el conocimiento de la atmósfera y el de la Tierra forman parte integrante del conocimiento general del Universo; y lo que pasa bajo nuestros piés no nos interesa menos que lo que pasa en los otros mundos. El

estudio de la Tierra nos tóca de algo más cerca que el del Cielo; pero forma parte de el del Cielo, y si callara la Astronomía, los geólogos y los físicos se encontrarían tan embarazados como los filósofos para la solución de la mayor parte de los problemas que caracterizan sus ciencias predilectas. He ahí por qué importa á cada uno de nosotros no permanecer ignorantes de ninguno de los acontecimientos relativos al estudio del Universo; todas las ciencias se tocan; en la Naturaleza no hay Astronomía, ni Meteorología, ni Física, ni Química, ni Fisiología, ni especies minerales, vegetales ó animales; todas las clasificaciones están en nuestro espíritu; en realidad, el estudio del Universo es *uno*, y considerándolo todo en sus diferentes aspectos, nuestro objeto, inconsciente ó conocido, es elevarnos un grado más en el conocimiento de la realidad.

La estadística animal de los terremotos que hemos publicado para 1883 ha puesto ya en evidencia la incesante agitación del suelo de nuestro planeta. La que próximamente publicaremos para 1884, y que, gracias al celo científico y á la oficiosidad de nuestros suscritores será mucho más completa que la precedente, demostrará esta agitación cotidiana bajo un aspecto más vivo todavía. ¿Pero qué son éstos revelados en el conjunto del globo? Las tres cuartas partes de nuestro planeta están cubiertas de agua; las soledades heladas del polo Norte así como las del Sur duermen desconocidas; una parte notable del África y de América todavía está sin relaciones con el mundo civilizado. Por consiguiente, si ya, gracias á los documentos recogidos en los diarios de distintos países ó señalados por nuestros lectores, llegamos á probar que ni un solo día, por decirlo así, se pasa sin terremoto, como no se trata aquí sino de los movimientos del suelo bastante intensos para poder ser notados de todos, debemos deducir que no un solo día sino que ni una hora se pasa sin que nuestra isla flotante esté más ó menos agitada en su propia constitución.

Los instrumentos destinados á registrar estos movimientos del suelo no son aún bastante numerosos, si bien suficientemente diseminados por la superficie de los continentes para que la proposición que acaba de sentarse esté de hecho establecida. Pero podemos tenerla como incontestable según las incompletas bases de la estadística.

Los 323 volcanes activos que actualmente existen en la superficie de la tierra; la condensación gradual y la disminución del volumen del globo terráqueo á medida que pierde su primitivo calor originario; las arrugas y los pliegues que de ello resultan, los hundimientos de terrenos producidos por la acción del agua que deslíe y disgrega las capas subterráneas; las antiguas bóvedas que se dislocan y se desploman en la base de las montañas; las descomposiciones químicas que se producen en los terrenos ulleros y en las minas de sal; los vapores que se forman cuando el agua toca las rocas calentadas á elevada temperatura y los esfuerzos que hace para escaparse; la influencia atractiva de la Luna y del Sol

sobre las capas líquidas ó pastosas que pueden existir á cierta profundidad en el interior del suelo; las bruscas variaciones de presión barométrica dando de repente mayor intensidad relativa á la presión de los vapores y gases interiores; el calentamiento perpetuo de la Tierra por el Sol, penetrando el suelo á distintas profundidades y con velocidad de propagación diferentes, dependiendo de la latitud y de la naturaleza de los terrenos; el movimiento de rotación de la Tierra sobre la misma dando nacimiento á una fuerza centrífuga que decrece del ecuador á los polos: esas son las diversas causas que obran todas para modificar constantemente la figura de la Tierra y hacer variar sin cesar la configuración de la superficie.

Ya no pensamos hoy que nuestro planeta sea una hornaza incandescente, una bola de lava líquida cubierta de una delgada película, un océano de fuego sobre el cual flotaría la corteza sólida como una débil almadía. Varias razones han modificado las opiniones de la Ciencia moderna por lo que respecta á este importante problema de la constitución interior de nuestro planeta.

Hablando Arago, en plena Academia de Ciencias, el 16 de diciembre de 1850, de la excesiva temperatura que debía tener el centro de la Tierra en la hipótesis discutida por Fourier y Poisson de un aumento de un grado por treinta metros de profundidad, hace observar que esta temperatura «pasaría de dos millones de grados;» que las materias sometidas á esta temperatura, estarían, según Poisson, en estado de gas incandescente y que resultaría de ello una fuerza elástica á la que no podría resistir la corteza solidificada del globo (1). Arago no se decide él mismo, pero vuelve sobre la misma cifra en su *Astronomía popular*, en donde puede leerse la siguiente declaración: «Las materias del interior del globo, admitiendo la proporcionalidad del aumento de la temperatura con la profundidad, tendrían, es verdad, hacia el centro, una temperatura que pasaría de dos millones de grados (2).» Esta cifra ha sido reproducida por un gran número de obras clásicas sin que se haya apercibido que era el resultado de un error grave, porque es sencillamente diez veces mayor que el número que pretende representar. En efecto, el radio de la Tierra es de 6.371,000 metros. Así pues $6.371,000/30=212,367$, y no dos millones.

Es, en número redondo, á doscientos mil grados, y no á dos millones, que debería elevarse la temperatura del centro de la Tierra si el aumento se continuara con regularidad de la superficie al centro. Pero no podemos admitir la última cifra corregida y menos la primera, porque, á este grado de calor, el interior del globo sería enteramente líquido, y, dos veces cada día, sentiríamos pasar por debajo los pies una formidable marea; la estabilidad de los continentes y de

(1) Arago, *Notices biographiques*, Poisson, p. 643.

(2) Arago, *Astronomie populaire*, tomo III, p. 252.

los mares estaría comprometida, los movimientos del suelo serían mucho más intensos todavía; y el movimiento de precesión y de natación, producido por las atracciones combinadas de la Luna y del Sol sobre el hinchamiento ecuatorial de nuestro planeta, sería muy diferente de lo que es en realidad.

Por otra parte, las consideraciones deducidas del aplanamiento del esferoide terrestre, de la densidad media del globo y de la de sus capas exteriores, de la formidable presión (muchos millones de atmósferas) que recibiría en su centro el planeta si fuese fluido, conducen á inferir (1) que la Tierra debe ser sólida ó pastosa, pero no líquida.

De otra parte además, las observaciones termométricas directas no demuestran, como alguna vez se enseña, un aumento regular y gradual de temperatura á medida que se penetra más profundamente en la corteza del globo. En un relato comparativo de todas las observaciones hechas, que publicaremos aquí próximamente, hemos clasificado los resultados en el orden proporcional de los aumentos, y se verá que en ciertos terrenos la proporción no es sino de 13, 15 ó 20 metros por grado centígrado, mientras que en otros puntos se eleva 60, 70, 100 y también 109 metros por el mismo aumento. La constitución de los terrenos juega un gran papel no sólo en la transmisión, pero tal vez especialmente en la producción de este calor interno. En fin, la proporción del acrecentamiento de temperatura no aumenta con la profundidad; á menudo aun disminuye, lo que conduce de nuevo volver á echar en el dominio de la hipótesis las altas elevaciones de temperatura adoptadas.

Esto hace que no podamos ya considerar hoy á nuestro planeta como un globo líquido incandescente envuelto en una débil corteza sometida á todos los efectos de su reacción interior, y hace también menos sencilla y menos fácil la explicación de los terremotos y de los volcanes.

Cuando los volcanes eran considerados como chimeneas abiertas hasta la hornaza interior, podía verse en ellos válvulas de seguridad contra la explosión de la caldera, y cuando estas válvulas estaban cerradas, los terremotos no eran otra cosa que los efectos de los esfuerzos realizados por la presión contra las paredes de la inmensa caldera. Desde ahora los volcanes, ya no vienen para nosotros de las profundidades incandescentes del globo, sino de algunos kilómetros solamente; sus lavas no tienen la alta temperatura que les era atribuída, los terremotos que ocasionan son locales y de poca extensión, y hay terremotos agenos á los volcanes, cuyas causas deben buscarse no en la constitución interior de la Tierra, sino en los fenómenos geológicos que están en obra en la incesante modificación de la corteza del globo y que han obrado y continúan obrando en la

(1) Roche, *Revue mensuelle d'Astronomie*, tome II, p. 200 et 248.

formación de las montañas (1). Estas causas son las que ahora mismo hemos enumerado.

¿Cuál es la que principalmente está en obra en los terremotos que desde hace más de un mes agitan la España? (2)

CAMILO FLAMMARIÓN.

Traducido de *L'Astronomie*.

CARIDAD Á LOS POBRES DE ANDALUCÍA

En la fértil llanura de Andalucía

donde tantas bellezas su suelo cría,

sintieronse terribles desprendimientos

que derrumbaron casas y monumentos.

Ella que antes brillaba linda y hermosa,

en montón de ruinas abrió su fosa.

¡Y yo miro con tristeza su masa inerte,

pues sólo en sus escombros reina la muerte!...

Al ver antes sus pueblos, gloria de España,

como la fiera parca en ellos se ensaña,

lloraría las penas de noche y día

de la fértil llanura de Andalucía!

Mi vista allí se fija y ve destrózos

cadáveres horribles y mutilados,

miro á la madre amante, al hijo pequeño

que quedó sepultado en eterno sueño.

Más allá, murió el otro dándole abrazos

al sér que de familia formó los lazos.

¡Oh Dios! ¡cuánta tristeza aquí se encierra!

¡que tragó en sus entrañas la madre tierra!

Ya no miro tus hijos vivir contentos,

sólo oigo sus ayes y sus lamentos,

y el sol por eso impávido su luz envía,

á la triste llanura de Andalucía!

(1) Forel, *Revue d'Astronomie*, tome II, p. 449 et tome III, p. 13.

(2) Sigue la narración de los hechos, que no continuamos porque nuestros lectores han podido leerlos en los diferentes periódicos que se han publicado, concretándonos á insertar solo la parte científica.

Todo acabó ya en ella, todo perece,
¿quién al ver sus escombros no se estremece?
Limosna dén los pobres y soberanos,
que al fin en esta tierra somos hermanos.
¡No oís á la viuda, al huérfano, al niño
que necesitan lumbre, paz y cariño?
Corred, volad á ellos, marchad con brio,
pues sin tener techumbre mueren de frio!
Sí, en su vasta llanura se ven acampados
á miles de sus hijos desheredados.
¿Quién al ver tanto duelo no exclamaría:
¡Caridad á los pobres de Andalucía!

Medium Pilar.

CRÓNICA

EL DESIERTO DE LA VIDA (1)

(PARÁBOLA)

Yo soy Mahomet el árabe libre, el servidor de Dios; la palabra es mi espada y mi escudo; venid á mi los que aspiráis ó teméis y la paz morará en vuestras almas.

Oíd pues mis palabras, que luz y verdad son: dos árabes querían cruzar el Sahara y su padre dió á entrambos dos briosos caballos lujosamente enjaezados y les dijo: «Hé aquí os entrego mis dos mejores corceles, mas os advierto que si no sabéis sujetarlos y dominarlos os despeñarán en lo más profundo del abismo; para ello hé aquí frenos de plata; mientras sepáis usarlos, podréis atravesar en rápida carrera y sin peligro alguno el árido desierto.» Y despidiéndose de su anciano padre los dos árabes emprendieron la marcha. El uno de ellos supo enfrenar á su corcel, mas el otro queriendo llegar antes que él al primer oasis le quitó el freno y el caballo corrió veloz como el viento, mas desbocóse, y corcel y jinete fueron á caer en lo más profundo del abismo. El otro que supo dirigir con el freno al suyo, llegó al oasis y reclinándose á la sombra de las palmeras apagó su sed en las tranquilas aguas de cristalinas y bullidoras fuentes que corrían por entre musgo y flores.

Aquel que no sepa dominar el corcel de las pasiones con el freno de la templanza, será arrastrado por ellas al abismo; y en cambio si las sabe dominar,

(1) Comunicación recibida en un centro espiritista musulmán.

llegará de oasis en oasis al través del árido desierto de la vida á la mansión eterna donde brilla la luz de la verdad.

Yo soy Mahomet el árabe libre, el servidor de Dios; la palabra es mi espada y mi escudo; venid á mí los que aspiráis ó teméis y la paz morará en vuestras almas.

Á los demás todo por parábolas; á vosotros, que comprendéis la verdad inefable del Espiritismo, el desierto es el espacio infinito en que bogan los mundos que son los oasis de ese Sahara celestial.

CRÓNICA

La Sociedad de Libre pensadores de Zaragoza, inauguró su sección de Enseñanza laica en 18 del próximo pasado Enero con gran concurrencia y entusiasmo. *Un periódico más* dedica á esta solemnidad un número extraordinario, insertando los notables discursos que se pronunciaron y poesías que se leyeron. Felicitamos á los zaragozanos por este nuevo progreso que consideramos como uno de los más trascendentales, y deseámosles mucha prosperidad y que Dios les libre de los enemigos ocultos.

Se ha recibido en esta Administración la 2.^a colección de artículos *Batallas del Libre pensamiento* por Demófilo. La fama que goza el autor de este libro que tan alta pregonaba el interesante periódico *Las Dominicales del libre pensamiento*, cuyos artículos publica, es recomendación valiosa para que se adquiriera este volumen 3.^o, que se vende en todas las librerías por 1'50 pesetas. (No hemos recibido los dos volúmenes anteriores.)

Nos ha visitado *El Grano de arena*, periódico de estudios psicológicos, cuyo primer número vió la luz pública en Valencia, el día 15 de Enero del corriente año. La aparición de este apreciado colega es un verdadero acontecimiento, pues además de que las influencias contrarias á nuestras ideas dominan en la hermosa ciudad del Cid, haciendo presión á las conciencias, la propaganda espiritista hecha en los primeros tiempos, por personas inexpertas y fanatizadas, fué contraproducente en tales términos, que de veinte y tantos suscritores que tuvo nuestra publicación, quedó reducido á uno solo, sin que hayamos podido apreciar gran entusiasmo desde aquel enfriamiento ocasionado por el miedo y por el ridículo, gracias á las obsesiones que surgieron por la falta de estudio de los primeros propagandistas. Algo quedó, sin embargo, del buen grano que entonces se

deslizó de las manos del sembrador, puesto que *El Grano de arena* viene acusando, desde su primer número, profundos conocimientos de la doctrina que se propone propagar y una creencia á toda prueba, que asegura estar sus fundadores dispuestos á toda clase de sacrificios para sostener su interesante publicación en una población de la importancia de Valencia. El personalismo desaparece en el nuevo colega; ningún trabajo lleva firma, lo que no deja de ser una prueba del conocimiento que tienen sus redactores de lo que es el Espiritismo y de lo que deben ser los verdaderos espiritistas, sin que por esto dejemos de dar toda la importancia que se merecen las firmas de hombres ilustres, puestas al pié de sus trabajos científicos que son honra y prez del Espiritismo. Felicitamos á nuestro colega de Valencia.

•• Hemos remitido el primer número de la REVISTA de Enero á todos los suscritores que conocemos como consecuentes abonados, aun cuando no hayan satisfecho la anualidad corriente; sin embargo, esta atención, muy merecida por nuestros hermanos, no obliga á nadie, pueden devolvernos el número recibido si no quieren continuar siendo suscritores. Si nada avisan, consideraremos que la suscripción continúa por todo el año 1885.

•• La Asociación de socorros mutuos, bajo la invocación de Jesús de Nazareth, celebró su 2.^a Junta general ordinaria el 15 del actual. Se nombraron nuevos empleados, según reglamento, se aprobaron las cuentas, resultando que después de pagados todos los gastos de instalación y socorros de enfermos, quedaron en caja para 1885, Pesetas 1342'37.

Los concurrentes á dicha Junta reunieron de su bolsillo particular algunos recursos para socorrer á una familia muy necesitada, agregándose á los mismos 25 pesetas, que con el mismo objeto, remitió la sociedad «La Fraternidad espiritista» de Sabadell.

Las 114 pesetas recaudadas para objetos piadosos y caritativos, en la junta general de Diciembre de 1884, fueron distribuidas la vigilia de Navidad, por la comisión nombrada al efecto, entre familias necesitadas.

•• Para dar cabida en este número á dos artículos de Flammarión, traducidos de *L'Astronomie*, hemos retirado parte del original que teníamos para este mes, porque creemos que con motivo de los terremotos de Andalucía, el trabajo del eminente astrónomo es de mucha oportunidad.

•• Hemos leído en *El Criterio Espiritista* de Madrid un artículo titulado «Los Terremotos», firmado con las iniciales J. F. M., que los sectarios de un Dios vengativo y cruel debieran aprender de memoria y analizarlo mucho para convenirse de que sus grandes errores les tienen en un estado deplorable, vergonzoso y digno de lástima. Se piden al Espiritismo pruebas y el Espiritismo las da tan grandes y tan públicas, que no es posible resistir á ellas ni cerrando los ojos; estudiar pues el Espiritismo y sus fenómenos, es aprender quién es el verdadero

Dios, la verdadera Omnipotencia, sin la ira y la venganza que le atribuyen ciertas gentes, como si Dios fuera como ellos mismos,

Por una correspondencia que recibimos de Portugal, sabemos que el Espiritismo hace también progresos en el reino vecino, fundándose todos los días nuevas sociedades. El Centro Espiritista, sociedad espiritista y de magnetismo, cuenta ya con gran número de asociados que se dedican á estudios serios.

En Molinos de Aragón, pueblo de la provincia de Teruel, reside de poco tiempo á esta parte un molinero espiritista, que se ha dado tan buena maña en hacer su propaganda, que ha convertido á nuestras creencias á la mayor parte de los vecinos, de tal modo, que todos han abandonado las prácticas del Catolicismo, dejando la iglesia desierta los días festivos, dando esto lugar á que el párroco, que parece una buena persona, ruegue desconsolado á sus ex-feligreses acudan al templo por el amor de Dios y el buen parecer, pues de otro modo el señor Obispo le echará á él todas las culpas de lo que está sucediendo.

ANIVERSARIO DE LA DESENCARNACIÓN DE ALLAN KARDEC.

Rogamos á los que quieran remitirnos algunos trabajos dedicados á la memoria del maestro, lo hagan antes del 15 de Marzo próximo.

RECAUDADO POR SUSCRICIONES

CORCHADO

La Direccion de LA REVISTA, 25 pts.—Srs. Guañavens padre é hijo, 25.—M. T., 10.—D. G., 5.—N. J. y N. de San Sadurní, 5.—A. N. G., 1.—M. N. M., 5.—P. C., 5.—J. S., 3.—J. R., 3.—F. Comas, 5.—Sociedad Espiritista de Santa Pola, 7.—C. T., 2'50.

TERREMOTOS

J. R., 5 Pts.—S. C., 50 cts.—S. Tomas, 50 cts.—C. M., 5 pts.—J. B. «Grupo de San Quintín de Mediona», 10 pesetas.—Grupo «Amor y Constancia», de Barcelona, 12'50 pts.

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.^ª, Ausias-March, 95 y 97